

DISCURSO EN HONOR DEL DR. FERNANDO ALEGRIA, EN  
OCASION DE SU INCORPORACION COMO PROFESOR HONO-  
RARIO DE LA UNIVERSIDAD NACIONAL MAYOR DE SAN  
MARCOS, EL 10 DE OCTUBRE DE 1985

**RAUL BUENO CHAVEZ  
TOMAS G. ESCAJADILLO**

Recibimos esta noche, en esta antigua e histórica capilla del ex-Convictorio de San Carlos, que secularmente es nuestro primer Salón de Grados, a una de las voces críticas más influyentes del Continente, a uno de los animadores culturales más inquietos y sugestivos de Nuestra América, al eminente profesor y crítico literario, ensayista y narrador, poeta, historiador de la literatura y, por sobre todo, genuino latinoamericanista, el Dr. Fernando Alegria, quien en unos momentos será incorporado como Profesor Honorario de nuestra Universidad.

Este homenaje de la Universidad de San Marcos lo recibe una persona que tiene sobrados méritos para ello, pues el Profesor Alegria ha sido, ante todo, un excelente estudiante, que después de graduarse de profesor de Castellano y Filosofía en la Universidad de Chile, obtuvo un Master of Arts en Estados Unidos en 1941, luego del cual hizo una segunda sustancial temporada como estudiante graduado, entre 1941 y 1947, hasta lograr el muy exigente Ph. D. de la Universidad de California —Berkeley—. En 1941 se inició también en la docencia universitaria, trabajando más de un cuarto de siglo en la prestigiosa Berkeley antes de pasar a la igualmente reputada Stanford University, donde actualmente se encuentra ocupando por segunda vez el cargo más importante en el área, el de Jefe del Departamento de Español y Portugés.

A lo largo de estos 45 años de labor intelectual y académica, el Profesor Alegria ha desarrollado una vasta obra. Debería ser conocido, sobre todo, por su condición de primer especialista en lo concerniente a la novela hispanoamericana, pero no estamos seguros que sea necesariamente a la novela hispanoamericana, pero no estamos seguros que sea necesariamente así, porque su obra —por igual “prosa” de creación que “prosa” de reflexión— abarca casi todos los campos, desde el estudio erudito y la investigación rigurosa, hasta el ensayo “libre”; desde la poesía hasta la narración, pasando por la elaboración política cercana a las ciencias sociales. Es un lugar común entre estudiosos de

la novela de Nuestra América considerar que la *Historia de la novela Hispanoamericana* de Fernando Alegría es el volumen más influyente en su tipo: ha tenido cinco ediciones entre 1959 y 1974 (la de 1967 es una suerte de versión abreviada y limitada al siglo XX), cuatro de ellas en los tomos de gran circulación (en Universidades de Latinoamérica y Estados Unidos) de la editorial mexicana de Andrea. Una nueva versión de esta obra capital, entusiastamente reformulada por el Profesor Alegría según planteamientos que luego observaremos, está ya en vísperas de aparición por una pujante editorial latinoamericanista del Norte de los Estados Unidos.

Otros lectores conocen mejor al Fernando Alegría narrador, al célebre autor de *Lautaro*, o *Caballo de Copas*, que tienen más de diez ediciones cada una y han sido traducidas a unos siete idiomas; o aprecian mucho un tomo como *Los mejores cuentos de Fernando Alegría* (1968) o su más reciente aventura narrativa, la novela *Una especie de memoria* (1983). En este campo el mayor número de sus trabajos lo constituyen los relatos —cuentos o novelas— que permanecen fieles a una pauta personal del neo-realismo urbano, en que los protagonistas resultan víctimas de una suerte de entrapamiento social, que les anula proyectos y esperanzas y los lanza a la inopia cuando no al inevitable fracaso.

Otros lectores de las dos Américas podrán conocer mejor al Fernando Alegría poeta, pues aunque es autor de no muchos títulos, entre los que se cuenta una reciente y bien cuidada edición bilingüe, *Changing Centuries. Selected Poems* (1984), y un ensayo que se lee y difunde más bien como prosa poética, *Viva Chile M...* (1965), Alegría participa activamente en recitales del circuito universitario de lecturas poéticas de los Estados Unidos.

Para muchos otros lectores, asimismo, es más conocido y tiene mayor significación el Fernando Alegría ensayista, aquél que con libros como *La venganza del general* (1969) se revela como un agudo intérprete que ha demostrado saber proyectarse hacia razonamientos y verdades prete de nuestros tiempos, del encuentro de dos mundos y dos culturas. Su estudio didáctico, se basa en la realidad histórica, social y económica distintas y a menudo en conflicto, y del curso de la historia compleja de los pueblos de la América integral, para expresarlo todo con una prosa concisa, sugerente, de verdadera calidad y belleza literaria.

Nosotros quisiéramos destacar aquí al Fernando Alegría crítico e historiador de la literatura. En tal sentido lo consideramos uno de los miembros más destacados de ese vigoroso y productivo sector de los estudiosos literarios latinoamericanos que, más allá de explicables deferencias internas, entiende que desarrollo literario y desarrollo social no sólo van parejos, sino íntimamente relacionados, de modo tal que el desarrollo literario resulta ser la materialización del desarrollo social, y éste, por otro lado, el motivador central del amplio espectro



de manifestaciones concretas de aquél; de ese sector que, con las prevenciones y modulaciones del caso, entiende que una historia de la literatura puede y debe ser una especie de historia social del pueblo productor de la literatura en cuestión. A más abundamiento, sostenemos que Alegría pertenece a esa crítica latinoamericana que comprende que su trabajo no es gratuito ni inocente, que ejercido de una manera digamos desprevenida puede conducir a explicaciones y usos incorrectos, y que por ello mismo debe, sin perder calidad informativa, ponerse deliberadamente al servicio de una noble causa: la de contribuir al conocimiento de la realidad latinoamericana, por vías del conocimiento de sus manifestaciones discursivas más destacadas, como son las literarias, con ánimo de contribuir, en última instancia, a la definición de nuestra cultura y a la revelación y promoción de los estimables proyectos de desarrollo social entrañados por su mejor literatura.

La convicción anterior nos la afirman los trabajos sobre literatura realizados por Alegría a partir de 1970, por decir una fecha aproximada, en los que expresa con creciente nitidez la doble vertiente de las relaciones entre literatura y realidad. Por esos años Alegría aparece en el monumental trabajo colectivo *América Latina en su Literatura* (1972), con un valioso estudio sobre la "Antiliteratura" en que observa las plasmaciones antiestructurales de "novelas" como *Rayuela* de Cortazár y *Paradiso* de Lezama Lima, entre muchas otras, a manera de voluntariosos intentos de sus autores por hacerlas "encajar en el desorden de la realidad"; y en que observa la gran corriente antipoética hispanoamericana a manera de una acción que nos devuelve, de un golpe, la realidad —anárquica, violenta— que habíamos perdido.

Por esos años, también, aparece su medular ensayo sobre "Literatura y revolución" (1974) donde él considera las técnicas revolucionarias de los novelistas de vanguardia (de una vanguardia literaria que aún está vigente), Alegría expone con claridad que "las técnicas revolucionarias en el arte son el producto de una concepción revolucionaria del mundo", con lo que descarta el argumento de la gratuidad de las formas experimentales de la gran novela latinoamericana contemporánea, y se afirma en el aún vital y joven postulado de Marátegui en el sentido de una productiva correspondencia entre la vanguardia literaria y la vanguardia social. "El escritor que nos interesa —dice allí Alegría— es el que hace su revolución y la hace en su obra, con su obra, vale decir, con su vida", lo cual se revela en nuestra consonancia con los críticos que plantean una escritura consecuente y correcta que, trascendiendo las meras declaraciones de contenido, acierta en el blanco del orden compositivo y la índole misma del trabajo artístico. En otro ensayo de la misma época, dedicado a la novela hispanoamericana y su conducta ante la sociedad, Alegría Cultural a la Embajada de Venebuella, distinguiendo históricamente otorga rotundidad a las ideas anteriores al sostener que nuestros no-

velistas se revolucionan al identificarse con una sociedad en estado de revolución, dando como resultado "un caos espléndido (aparente caos, por lo demás, que) es un autorretrato de la sociedad hispanoamericana".

Estos convencimientos de Alegría, gradualmente asumidos por la conciencia crítica que el impone su condición de profesor y estudioso de la literatura, de pronto le crean la necesidad de volverse hacia trabajos anteriores dedicados a la historia de la novela hispanoamericana, para rearticularlos y darles una nueva organicidad y un nuevo sentido en función de la historia social de Hispanoamérica. En efecto, esa es la tarea que en la actualidad enfrenta al maestro Alegría, y a la que se ha entregado con toda su sapiencia de años y un entusiasmo que podemos calificar de juvenil. Ha querido superar los encasillamientos de escuelas, generaciones o países que caracterizaban a sus historias de la novela, y que según confiesa se debieron más a requerimientos editoriales que a una convicción sobre los procesos históricos, para enfrentar el problema de la novela hispanoamericana como series literarias que reconocen similitud de motivaciones y respuestas más allá de las meras distancias territoriales. Así la nueva versión encuentra "concentraciones temáticas" y de atmósfera, que le permiten eliminar fronteras geográfico-políticas, para ver, por ejemplo, una importante preocupación temática: la historia de la decadencia de las "grandes" familias, que le hacen pasar a *Un Mundo para Julius* (1970), de Alfredo Bryce (1939), inmediatamente después de *Coronación* (1958), de José Donoso (1924).

Una visión más global de la escritura de reflexión de Fernando Alegría nos permite discernir su preferencia por los temas y referentes caracterizados por su amplitud y dinamismo. Le atraen los vastos procesos, la dinámica incesante y múltiple y, por sobre todo, la ya anunciada historia social y cultural de Hispanoamérica, así como el porvenir de los pueblos latinoamericanos. No es que desdeñe el tema puntual o la anécdota más o menos pasajera, aspectos estos a los que ha dedicado algunas excelentes páginas ensayísticas y desde los que ha demostrado saber proyectarse hacia razonamientos y verdades de mayor alcance, como cuando escribe del ajusticiamiento de los Rosenberg o de un encuentro de escritores y artistas en una pequeña isla del Caribe, propiedad de un millonario excéntrico; sino que tiene una inclinación natural por los acontecimientos que revelan hondas raíces y proyecciones sociales y culturales, y a los que puede seguir en su desarrollo histórico hasta alcanzar su verdad trascendente, su mensaje latinoamericanista de mayor alcance. Así es como Alegría ha indagado en la novela hispanoamericana, particularmente la del siglo xx, la poesía chilena, la antiliteratura, la escritura neo-vanguardista, y otros procesos literarios nuestros. Y es así, igualmente, como Alegría ha compendiado en breves pero magistrales ensayos la trayectoria y el



destino de los hispanoamericanos, en especial de los que tienen por patria esa desplazada zona de encuentro de nuestra cultura con la anglo-sajona.

A diferencia de los estudiosos que ven en nuestras manifestaciones literarias y culturales momentos congelados y, por ende, aislables de un proceso, Alegría ve siempre la continuidad, el proceso en sí mismo, en su agitación y cambios incesantes, de modo que toda manifestación tiene para él antecedentes del más diverso tipo y consecuentes necesarios, a veces inesperados y sorprendentes. Esta cualidad la podemos ver claramente materializada en el estupendo conjunto de ensayos que él ha bautizado con el nombre de *Unos cuantos frailes y unos pocos burros*. Ahí ve, en trazos centellantes, cómo la conquista española del Nor-Oeste Americano fue la empresa de unos cuantos frailes misioneros a órdenes de fray Junípero Serra; cómo lo que no pudieron o lo que entorpecieron las armas y los soldados lo lograron los frailes, con humildad y fe, hasta conseguir una especie de república comunal de naturales que asombró al mundo y que habría sido el sueño de Platón y Tomás Moro; y cómo el gamonalismo, las ambiciones territoriales, las guerras y la fiebre del oro se encargaron de desbaratar esta Arcadia americana. Se ve también cómo los nombres españoles de California expresan esa ya larga historia; y cómo el pueblo, dominante hoy en esa zona de conflictos, fomenta a veces una escritura, como la de Paul Horgan, que promueve "el odio, el prejuicio y el resentimientos entre mexicanos y norteamericanos" dentro de una historia amañada que, en una ebría glorificación de los vencedores, justifica el expansionismo norteamericano como una necesidad frente a "una manada de animales insensatos de piel cobriza (dice Horgan con referencia a los soldados mexicanos) que huían jadeantes de un incendio en la pradera".

Queremos concluir esta semblanza valorativa del Profesor Fernando Alegría y de su obra citando su propias palabras. Unas palabras que, con más eficacia que todos las nuestras, dicen su alineamiento intelectual, la vocación de su escritura, y su honda y positiva convicción de un desarrollo latinoamericano basado en el cambio social. Se trata de unas palabras que, aunque dichas valientemente hace ya buen tiempo, en un país y una época que hacían difícil pronunciarlas, tienen para nosotros capital importancia y sin igual vigencia. Helas aquí: "Latinoamérica va a llevar a cabo un número de drásticas reformas para liberarse de su condición semicolonial: estas reformas son *inevitables*, y en la realización de tales reformas *inevitavelmente* también van a sufrir los intereses económicos y políticos de los Estados Unidos, particularmente los intereses que nacieron bajo la protección de tratados y pactos onerosos e injustos para los pueblos latinoamericanos". No nos resta sino decir que creemos firmemente en Fernando Alegría. Gracias.